

La autoridad en la vida consagrada



Para empezar una pregunta: ¿os habéis fijado que al explicar el voto de castidad siempre se habla de la existencia de una relación inmediata con Dios, mientras que en el de obediencia siempre se alude a la existencia de mediaciones? La reflexión surge de modo inmediato: o bien se habla en los dos casos de las mediaciones (la entrega total de nuestra afectividad a Dios pasa también por mediaciones) o bien no se habla de ellas en ninguno de los dos casos (¿dónde quedaría entonces la ley de la encarnación?). ¿No será ésta por parte de la autoridad religiosa una forma de atribuirse un poder, el de la voluntad de Dios, del que sabe que carece?

Y para seguir una experiencia personal. He visto superiores¹ que con sólo una mirada mandaban guardar silencio a sus súbditas. Y lo peor es que he visto que las súbditas estaban acostumbradas a obedecer a semejantes órdenes no verbales sin discutirlos ni lo más mínimo, por supuesto.

Quizá éste sea un modo un poco extraño («fuerte» dirían los modernos) de empezar un artículo. Pero el cuestionarse es una forma de hacer avanzar nuestro conocimiento. Y en este artículo quiero reflexionar sobre el ejercicio de la autoridad en la vida religiosa. No discuto la necesidad de la autoridad, pero sí planteo la necesidad constante de purificar su ejercicio y la ideología que la justifica.

Tampoco me refiero en este artículo a la actitud subjetiva de las personas que ejercen la autoridad en la vida reli-

¹ Digo «superioras» porque ha sido lo que he visto. Creo que el fenómeno se da sólo en algunas congregaciones femeninas, o mejor, sólo en algunas personas. Pero en todo caso es digno de ser señalado por marcar todo un estilo tiránico de gobierno donde el respeto a la persona está totalmente ausente.

FERNANDO TORRES

giosa. No soy quien para juzgar a nadie. Pero si que pretendo poner de manifiesto el significado objetivo de determinadas actitudes y modos de comportarse relativamente extendidos en la vida religiosa. Es curioso ver como muchas personas, a veces críticas con la autoridad cuando estaban abajo, terminan reproduciendo los modelos que tanto critican, cuando la obediencia les lleva a asumir determinados cargos de autoridad.

Autoridad y voluntad de Dios

La autoridad ejerce el poder y es bueno que lo ejerza. La autoridad es necesaria en cualquier sociedad humana. La autoridad, mediante el poder de que dispone, hace que los miembros de la sociedad colaboren en el fin común. La legitimidad de la autoridad proviene de que su poder es fruto del acuerdo de todos los miembros de la sociedad o, por lo menos, de la mayoría. No otra cosa es la democracia. La autoridad puede perder su legitimidad por el mal uso del poder, lo que hace que los miembros de la sociedad le retiren su apoyo. Ese mal uso puede provenir del exceso, la tiranía y la violencia ejercidas desde la autoridad de que tantos ejemplos hay en la historia. O puede provenir del defecto, en cuyo caso se produce un vacío de poder y se dificulta que la sociedad pueda alcanzar el bien común. Si malo es una autoridad tiránica, peor incluso puede ser lo segundo: una autoridad que no ejerce, que no manda, que no organiza.

Los religiosos y religiosas también necesitamos una autoridad que organice, que disponga los medios y aúne a las personas para que todos podamos conspirar al fin que nos ha convocado en nuestra congregación. Esa autoridad es un servicio tan necesario como atender a la portería o enseñar el catecismo a los niños.

Pero la autoridad religiosa tiene una cierta tendencia a recurrir demasiado a la teología de las mediaciones como medio de legitimación de su poder. Una teología que es fácilmente manipulable para hacerla servir a los propios intereses. El proceso viene a ser más o menos así: «si yo asumo este cargo de autoridad como voluntad de Dios sobre mí, expresada a través de la mediación de la instancia superior inmediata (llámese capítulo general, capítulo provincial, gobierno provincial, etc.), entonces lo que yo mande es también expresión de la voluntad de Dios para mis súbditos (y no expresión de la voluntad colectiva de alcanzar el fin de la institución)». Por eso, las muy abundantes declaraciones de obediencia a la voluntad de Dios a la hora de asumir un cargo y las proclamaciones simultáneas, anteriores o posteriores de indignidad (acompañadas en ocasiones de lágrimas abundantes) son actitudes sospechosas. Sin decirlo expresamente se está lanzando un mensaje: se exigirá una obediencia firme, porque el que manda no está ahí por su voluntad, ni siquiera por voluntad del colectivo, sino por la voluntad de Dios.

Es decir, la voluntad de la autoridad se propone a sí misma como la mediación por excelencia de la voluntad de Dios. Ese recurso puede ocultar, oculta en muchas ocasiones, una realidad muy chapucera. Porque lo que vemos cuando nos situamos cerca de la autoridad, es que ésta, en muchas ocasiones, va sobreviviendo, poniendo parches a los problemas más urgentes con que se va encontrando. Hay muchas personas con cargos de responsabilidad y pocos líderes auténticos con una visión clara y una perspectiva amplia. E incluso éstos últimos cuentan con muy poco recursos para resolver los problemas que encuentran. El mero hecho de ser investido de un cargo no concede un modo especial de ver las cosas que coincida miste-

riosamente con la voluntad de Dios sobre los individuos y sobre la comunidad.

En realidad, la mayor parte de las personas que ocupan cargos de responsabilidad son muy normalitas. Hay que acabar con cualquier huella de culto a la personalidad. Esas personas no tienen una especial comunicación con el Espíritu Santo, que les evite vivir en la oscuridad en que solemos vivir todos habitualmente. Es posible que desde su situación, desde arriba, tengan una mejor y mayor vista de la realidad, pero reconozcamos también que esa visión queda un poco deformada por la altura.

Además, ellos, tan normales, también tienen sus intereses particulares, sus manías, sus preferencias y su modo peculiar de ver la realidad. Han sido elegidos muchas veces por su disponibilidad, por su experiencia de gobierno, por su inteligencia, pero no a veces por sus cualidades de liderazgo. Ellos tienen como preocupación principal ocuparse del bien común y deben esforzarse por no confundir el bien común con lo que a ellos les parece que es bueno, determinado sin duda por sus intereses, manías, preferencias, etc. En la medida en que esos intereses, manías, preferencias, etc. se oculten y nieguen serán más dañinos por influir inconscientemente en la persona.

Desmitificar la autoridad, toda autoridad

Es necesario desmitificar la autoridad religiosa. La sociedad civil ya desmitificó la autoridad civil a finales del siglo XVIII. Hasta entonces Dios y el rey habían caminado de la mano. El rey lo era «por la gracia de Dios». Por eso los súbditos debían obedecerle. Cuando, pocos años después de la revolución francesa (1789), fue ajusticiado Luis XVI, con su cabeza cayó toda una forma de

entender la sociedad y la autoridad. Siempre se había dicho que la autoridad real provenía directamente de Dios. Por eso el temor de muchos franceses ante aquel desafuero. ¿Qué castigo vendría sobre Francia que se atrevía a contrariar así la voluntad de Dios? Pero su cabeza fue cortada limpiamente y no sucedió nada. Ni se hundió el mundo ni se acabó la historia.

Los franceses y muchos otros se dieron cuenta de que el monarca podía ser depuesto por la voluntad del pueblo por una sencilla razón: porque es éste mismo el que los coloca en el poder. Todo gobernante sabe, desde entonces, que su legitimidad proviene del pueblo que les elige. Y los que no hacen votaciones procuran llenar plazas para ganarse la legitimidad en el cargo.

El hecho es que los gobernantes civiles cayeron hace mucho de su pedestal y la política pasó a ser considerada como un servicio más a la sociedad. Pero esta desmitificación no se ha dado totalmente en la autoridad eclesial, ni en la autoridad que ejerce el ministerio ordenado, ni en la que existe en la vida consagrada. A pesar de ser instituciones relativamente democráticas en su funcionamiento interno, la autoridad religiosa tiende a investirse a sí misma y a sus decisiones de un aura sacral.

Desmitificar el gobierno religioso implica afirmar que es un servicio más, que debe ser realizado como cualquier otro, con sencillez y que no concede ningún tipo de privilegios personales. Se me dirá que esto se da por supuesto. Respondo que en teoría todo el mundo piensa así, pero que la práctica es otra cosa. Todavía es necesario normalizar el ejercicio de la autoridad religiosa.

En este sentido, los superiores deben saber asumir con naturalidad la responsabilidad y consecuencias de sus propias decisiones, sin pretender pasar esa responsabilidad a

los otros. Que cada palo aguante su vela. Un ejemplo. Hay congregaciones en las que los destinos son responsabilidad personal del provincial. En una de ellas y dada la presencia en una comunidad de un sujeto conflictivo, el provincial planteó al superior local la cuestión de la siguiente manera: «Hago lo que tú quieras, pero lo hago bajo tu responsabilidad». Eso, sencillamente, no se puede hacer. O podríamos aludir a aquel otro caso en que los superiores colocan a un formando en una situación difícil para que el sujeto salte y pida la salida, de modo que los superiores siempre puedan decir que el malo fue el otro.

Hacia la normalidad democrática

Alguno o alguna se asustará al oír este término aplicado a la vida consagrada. Incluso habrá quien recuerde aquel texto que dice que los cristianos, menos los religiosos por supuesto, «no son del mundo» (Jn 17,14). Pero también supongo que muchos se habrán dado cuenta de que, evitando toda mitificación o sacralización, el gobierno religioso es sólo un servicio al grupo para que todo él se encamine a la realización del carisma y de la misión para el que ha sido llamado. Y puesto que ese carisma y esa misión lo han recibido todos los miembros del grupo, la primera misión de la autoridad es la escucha atenta de la voz del Espíritu en los hermanos. La autoridad no escucha directamente la voz de Dios, la escucha a través de la mediación de los hermanos.

En la práctica esto supone una actitud de escucha y diálogo sincero por parte de la autoridad religiosa. Por supuesto, implica también la aceptación democrática de la crítica² y existencia de una oposición. Los que

opinan en contra del superior no están en contra de la voluntad de Dios ni opuestos a la verdad. Simplemente piensan de forma diferente. Como no creo que estemos en condiciones de negar la buena voluntad a nadie, será inevitable que unos y otros entren en diálogo, en razones, en escucha mutua. Si al final no se llega a un acuerdo, habrá que aceptar el juego democrático de las mayorías. Ciertamente la mayoría de votos no se identifica con la verdad, pero es posiblemente la menos mala de las opciones que podemos tomar.

Y, luego, aceptar el disenso con cordialidad. En un instituto religioso no es obligatorio que todos pensemos igual. Estar unidos en el discernimiento, ser fieles a la voluntad de Dios, no significa que todos lleguemos a las mismas conclusiones. Para el Instituto es bueno que haya voces discordantes. Recuerdan sin duda otros aspectos de la realidad. Serán un acicate que obligará al gobierno religioso a no sentirse en posesión de la verdad, a repensar continuamente sus opiniones. Al fin y al cabo, el Evangelio es más grande que nuestras ideas.

Crear opinión pública

En este sentido, es muy importante que en las congregaciones se abra un espacio público para la opinión y el disenso. No estamos muy acostumbrados a esto. Ciertamente en muchas de las congregaciones, que no en todas, se puede opinar y hacerlo libremente, pero sólo en determinados ámbitos. Son generalmente espacios creados por los mismos superiores, consultas que van de abajo arriba. Pero es más extraño encontrar lugares horizontales de diálogo.

² Incluso la llamada crítica «destructiva», que es posiblemente la única crítica auténtica, porque ¿quién deter-

mina que tal crítica es «destructiva» y tal otra «constructiva», sino el poder que es criticado?

Me atrevería a afirmar que en muchas congregaciones, tanto masculinas como femeninas, las ideas no circulan con libertad. No existe libertad para expresarlas. Aquello por lo que tanto se luchó en el siglo pasado, la libertad de prensa, todavía no existe en muchas congregaciones. No es necesaria ni siquiera la censura porque no existe ningún medio de expresión de esas ideas. Los boletines informativos que hay en todas las congregaciones y en todas las provincias no incluyen más que informaciones oficiales o crónicas. Pero no hay un lugar o sección para la opinión libre, para la denuncia, para la crítica. Alguien, de la autoridad por supuesto, piensa y determina que no estamos preparados para ello. En la práctica eso significa que esos boletines son un montón de folios que interesan muy poco, que tienen muy poca vida. A través de ellos solamente se canaliza una voz: la de los de arriba. Como dice Alfredo Landa en una de sus películas: «Parece que las palabras pesaran. Las que dicen los de abajo nunca llegan arriba. Y las que dicen los de arriba siempre se nos caen encima a los de abajo»³.

La creación de esa opinión pública contribuirá a la democratización efectiva de la vida religiosa y al enriquecimiento de nuestras relaciones y de la misma vida de las instituciones. De un debate y diálogo más abundante saldrá sin duda una mayor fidelidad a nuestra vocación, en lo que todos, los de arriba y los de abajo, estamos interesados.

Todos responsables

La autoridad en sí misma no es mala. Para Jesús el poder es un servicio más, pero es claro que no es algo malo en sí mismo. Esto por una razón muy sencilla: porque la

autoridad es necesaria para el funcionamiento de cualquier sociedad.

Pero la autoridad está sometida a tentación. Que es así y que solemos caer muy a menudo, más de lo que nos imaginamos, en esa tentación, es algo que todos sabemos. Un famoso sociólogo francés, Michel Duverger, tiene un libro titulado *Introducción a la política*. En el prólogo de ese libro explica como en las sociedades animales el jefe realiza en ocasiones funciones de servicio al grupo, pero lo que sucede en todos los casos estudiados es que el jefe se aprovecha del grupo para su propio bien personal. La experiencia nos dice que esto que sucede con los animales pasa también frecuentemente con las personas. Por eso vale la pena estar atentos contra la tentación del poder.

Los religiosos queremos ser testigos de una nueva fraternidad, edificada sobre el respeto a las personas y sobre la verdad del hombre. Es obvio que esa fraternidad nueva exige la creación de un nuevo estilo de autoridad, que no tenga ni siquiera la apariencia de privilegio ni dominación, sino que sea y parezca un lugar de servicio y unión entre todos los miembros de la comunidad. Por supuesto que se han hecho muchos esfuerzos en ese sentido. Pero dado que esa tentación es permanente, hay que estar siempre vigilantes. Nadie es tan santo que esté libre de la tentación.

Para tranquilidad de los superiores habría que recordarles que es posible que en algún momento sean las mediaciones escogidas por Dios para manifestar su voluntad a los religiosos, pero no siempre es así. Su responsabilidad en ese campo no es total ni mucho menos. Al final, el último responsable de obedecer a la voluntad de Dios es cada persona en su conciencia. O dicho de otro modo, el religioso hace voto de obedecer la voluntad de Dios no la voluntad del superior. Lo

³ La frase está tomada de la película *La marrana* (1992).

que me dice el superior debe pasar por mi discernimiento personal. Y si no lo veo claro... no debo obedecer. Decir esto no es enunciar una novedad. La mejor tradición moral de la Iglesia lo ha afirmado siempre.

Ya pasaron los tiempos en que se decía que el religioso podía estar tranquilo, porque con cumplir la voluntad de los superiores ya estaba obedeciendo la voluntad de Dios. Porque a veces los superiores mandan cosas que no deberían haber mandado nunca. Es de suponer que cuando lleguemos ante el Padre, después de nuestra muerte, no valdrá decir «Es que el superior me dijo...». Porque la respuesta de Dios Padre, llena de misericordia por supuesto, será inmediata: «Ahora no estoy preguntando a tu superior, te estoy preguntando a ti».

La «obediencia debida» no disculpa nuestra responsabilidad personal. La «obediencia debida» fue un artificio jurídico que utilizaron en Argentina para exonerar de responsabilidad a los militares que habían participado

en la guerra sucia hace unos cuantos años. Pero aquí no estamos hablando de responsabilidad jurídica sino moral. Y nadie puede cargar con nuestra responsabilidad. Desde este planteamiento, será necesario, por tanto, considerar de nuevo el significado del voto de obediencia y su relación con la autoridad religiosa.

En todo caso, será responsabilidad de todos el contribuir a la purificación continua de la autoridad religiosa. Tristemente, como ya dije al principio de esta breve reflexión, se observa como algunos cuando reciben el cargo lo único que hacen es reproducir el modelo que antes han sufrido. Allá donde sea necesario habrá que cambiar el estilo de gobierno por otro que se caracterice por el servicio a la comunidad, el respeto a los derechos de los miembros del grupo y la renuncia a cualquier tipo de privilegio o posición de dominio. No siempre será necesario ese cambio, pero... el que esté libre de pecado...